

Marcha

Estamos en la calle, somos muchos. Federica y yo caminamos abrazadas, con los puños libres en alto. Nos mira todo quisqui porque hemos traído a la Pomponette en el remolque y le hemos pintado «La Uni es de todos» en el culo, con un aerosol de pintura verde. La pobre suda y resopla, la manifestación anda rápido y la Pomponette está como una bombona de butano. El cortejo se detiene, la gente canta. Tengo ganas de besar a Federica. Para que no se dé cuenta, le doy la espalda y alcanzo una zanahoria a la Pomponette, voy a por el agua que un compañero transporta en el carro de la paja.

Llevar a la yegua de banderola a Toulouse supuso muchas discusiones en el sindicato de estudiantes:

«No os dais cuenta de que está vieja ¡y obesa! ¿¡Cómo vais a meter a este pobre bicho en medio de este sarao!?».

«¡Su comida también depende de las decisiones del ministerio! Además, es muy pequeñita. Casi un perro. La gente va a las marchas con sus perros, ¿no?».

«Es un pony, está vieja, ¡no vota!».

«¡Es nuestra seña de identidad! ¡Da visibilidad a los institutos agrícolas!».

Ahora están todos contentos. Hoy, la Pomponette atrae más cámaras que moscas, vamos a salir en el telediario. Yo

meto la nariz donde empieza la nuca de Federica y no lo ve nadie porque todos miran hacia delante, inspiro muy hondo y guardo el aire. Gritan. Hay pitidos. La Pomponette se revuelve. Ya no estoy sola.

Islas

Federica tiene un año más que yo. Su habitación está en el segundo piso y solo la comparte con tres chicas más. Las del curso inferior estamos en un dormitorio de cincuenta plazas que ocupa toda la primera planta.

Cuando llegué, elegí una cama cerca de la pared, con ventana y radiador. No había nadie todavía, mi tren había llegado de París por la mañana, al día siguiente empezaba el año. Miré los colchones alineados como tumbas, los armarios a sus pies, como lápidas con puertas. Tragué saliva y mocos. Era malo, pero no lo peor. Quedaba lejos de casa.

Ahora hace tres meses que duermo aquí y está todo mucho mejor porque se formaron islas. Hemos juntado los armarios para construir tabiques alrededor de las camas y el dormitorio se ha convertido en un laberinto de amistades versátiles. Hay islas estables, como la mía, de tías que no buscan líos y no roncan, pero otras modifican sus fronteras con mucha frecuencia. Por eso hay que ir con cuidado si toca mear de noche, porque una puede darse de morros contra una pared que no se espera. Vivir juntos es un asco. Por suerte, ya queda poco.

Dunas

El primer fin de semana que Federica me invitó a su casa, compartimos cama, pero no pasó nada. Su habitación es una caravana; la de su madre y Marcial, otra. Entre las dos, su padrastro construyó un chambado de yeso y una veranda de madera. Hay un motor para la luz y un pozo en el jardín, muchos gatos que no entran en casa, un molino de viento y el taller de Marcial. El padrastro de Federica pinta tejas envejecidas con paisajes de la zona y las vende en el puerto, a los turistas. Tiene varios modelos. Las coloca, verticales, en un pequeño atril giratorio y pinta un árbol, otro árbol, otro árbol, hasta que llegue el turno de la casita azul.

La madre de Federica es española. Cuando el padre de su hija se largó, vino a trabajar en la vendimia en Montpellier y se quedó. Después conoció a Marcial. Su casa está donde no se puede construir. En las dunas.

Sobre las dunas crece hierba que parece seca pero no lo está, arbustos arrugados de largas espinas. Federica y yo caminamos contra el viento, hacia el mar. Me habla, pero no la oigo. Aúllan las gaviotas y rugen las olas. Echamos una carrera con la boca abierta, el viento me seca las encías, agito los brazos como si fuera a volar.

Oro

Ya he juntado trescientos francos para emprender el viaje. Engañé a mi madre y le dije que necesitaba ropa de invierno. A ella le gusta firmar cheques, aprieta los labios y la letra. Con el pulgar, presiona el resguardo; de un golpe seco arranca el talón. Mis padres apuntan cada uno en su cuaderno lo que les cuesta. Después, lo presentan al juez.

Federica no conoce a su padre. Su madre no habla de él y, cuando preguntó, contestó que nunca le diría quién es. Federica es alta y tiene los ojos castaños de su madre, pero más claros y más grandes. Cuando hace buen tiempo se vuelven dorados, el iris explota en minúsculas burbujas que parecen metal candente. La primera vez que nos besamos un rayo de sol caía sobre la cama. Nunca había besado a una chica. Es distinto y es igual. Igual, porque su boca sabe a boca. Distinto, porque no seguimos. Nos miramos a centímetros de distancia. Visto tan de cerca, cada poro de la piel es solo uno. Todos diferentes, algunos negros. Más abiertos en la punta de la nariz. Redondos y ovalados, irregulares. Pasó una manada de ángeles, tragué saliva muy despacio. Estos cabrones alados se quedaron quietos.